

mente reconocido; se trata de una formación del *terciario marino* con variedad de pisos y abundantes fósiles, los que sirvieron de base para la determinación de su facies.

Si continuamos la ojeada por los alrededores de Toledo con mayor amplitud de horizonte, vemos no muy lejos, los cerros de Villaluenga, como testigos de una gran meseta de terreno *mioceno*, de la cual formarían parte la meseta de Ocaña, el cerro de los Angeles y los cerros de Vallecas.

Hacia el mediodía, los terrenos *arcaicos* desaparecen bajo los sedimentos *cámbricos* y *silúricos* de las estribaciones de los Montes de Toledo.

En resumen: tenemos terrenos pertenecientes a todas las eras geológicas, excepto el *secundario*. Como curiosa coincidencia, en el arte de Toledo, están representados todos los estilos, faltando solamente el románico.

Historia geológica.

El *neís* del suelo toledano, es señalado por los Geólogos como perteneciente a la primitiva corteza terrestre; la historia de Toledo no puede remontarse más lejos. Esta masa de materiales cristalinos profundamente metamorfizados, ha sido fracturada como consecuencia de los empujes laterales subsiguientes al enfriamiento del Globo, y por las numerosas diaclasas así formadas, han sido inyectadas posteriormente otras materias eruptivas, que han dado lugar a los variados diques de *cuarzo*, *pegmatitas*, *diabasos* y *dioritas*, los que dan un aspecto curioso y a veces muy decorativo a los parajes donde queda al descubierto la roca.

Al pie del cerro de San Servando, y al lado del camino de la Fábrica de energía eléctrica, podemos contemplar un atractivo cuadro, en el cual las pinceladas y brochazos del artistas están representados por una serie de diques y diques-fallas, que dan idea de las modalidades ocurridas en las formaciones hipogénicas, cuyos elementos fueron retorcidos, fracturados, y rellenados con nuevas inyecciones de materiales pastosos. Ese rincón tan artístico, es de un interés enorme en el campo geológico; en él los alumnos ven convertidos en realidades los esquemas y figuras de sus libros, que representan los accidentes del diastrofismo de los terrenos.

El núcleo *arcaico* de la «meseta toledana» estuvo recubierto por los terrenos correspondientes a las eras *primaria* y *secundaria*, los cuales debieron desaparecer por efecto de la erosión antes de la *terciaria*. En esta época, el mar penetró en el corazón de la Península, llegando hasta el borde de aquella meseta y dejando sus sedimentos costeros en los terrenos antes citados de los cerros de la Rosa.

Toledo, que en sus días de esplendor ha sido capital de vastos reinos, también cuenta en la historia de su suelo hechos tan notables como el haber sido paraje costero, si bien de un mar muy anterior a la época humana.

Una vez retirado el mar *oligoceno*, quedaron los terrenos de la costa completamente emergidos y, por lo tanto, sujetos a la acción de los agentes atmosféricos. La amplia depresión, antes ocupada por el mar, es invadida por las aguas dulces, formando lagos en cuyo fondo se depositaron yesos, arcillas, margas y sales, constituyendo pisos de un potente espesor, que cubrieron completamente, no sólo el emplazamiento del antiguo mar, sino las tierras antes emergidas; por lo tanto, el peñón toledano quedaría primero bajo las aguas lacustres, y luego bajo la capa sedimentaria que formaba un manto casi continuo en todo el valle del Tajo, y del cual quedan los cerros testigos de Villaluenga, de Getafe, etc.

En esta época *terciaria*, de activa sedimentación, vivieron en las aguas lacustres y sus tierras inmediatas enormes hipopótamos, rinocerontes, mastodontes y colosales tortugas, como las encontradas en los cerros de Vallecas.

Lo mismo que el Arqueólogo contempla y escudriña ruinas de aspecto despreciables para el vulgo, y en ellas encuentra sólidos datos para la historia de un pueblo, el Geólogo escarba en esos cerros testigos, examina su estratificación, recoge muestras de sus materiales y colecciona los fósiles que han de darle la clave del período de formación de cada piso.

Los terrenos terciarios de la base de aquella potente sedimentación, han sido objeto de varias invasiones fluviales del Tajo en la era cuaternaria, dejando bien marcadas diferentes terrazas, caracterizadas por bancos conglomerados de cantos rodados, aprisionados con cemento calizo.